

# **SOBRE LA IRRACIONALIDAD EN DONALD DAVIDSON**

**MARÍA DEL ROSARIO HERNÁNDEZ BORGES**

Dpto. de Historia y Filosofía de la Ciencia, la Educación y el Lenguaje.  
Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. C/Delgado Barreto s/n, edificio central.  
Universidad de La Laguna. Tenerife.

La irracionalidad, tal y como se trata en la obra de Davidson, plantea algunos problemas: (i) es difícil reconciliar su explicación de la irracionalidad con su teoría del contenido, en tanto ésta se basa en la racionalidad de los sujetos; (ii) según Davidson, se ha de tener conciencia de la propia irracionalidad, y esto impide que se consideren aspectos inconscientes que pudieran ser relevantes para la explicación de las acciones, sean racionales o irracionales; (iii) Davidson defiende las explicaciones de la psicología popular, mientras rechaza la psicología científica tanto por la naturaleza a priori, no empírica, de los principios normativos, como por la anomalía de lo mental.

Palabras clave: racionalidad/irracionalidad, principios normativos, consciente/inconsciente, psicología popular, psicología científica.

En una teoría como la de Donald Davidson, que se basa en el supuesto de que los sujetos intencionales somos generalmente racionales, la explicación de las creencias y acciones irracionales debe jugar un papel importante.

Existen algunas cuestiones fundamentales a la hora de plantear el tema de la irracionalidad en la obra de Davidson. En primer lugar, la irracionalidad está ligada, por definición, con la transgresión de lo que Davidson considera que son Principios Normativos (los principios de la teoría de la decisión, los principios de la lógica de primer orden, el principio de la evidencia total para el razonamiento inductivo, y el principio de continencia). Por otro lado, la explicación e interpretación de creencias y acciones irracionales presentan algunas dificultades al intentar reconciliarlas con la teoría davidsoniana del contenido, dificultades que Davidson pretende resolver acudiendo al holismo de lo mental. La explicación de la

irracionalidad se completa con la hipótesis de la “división de la mente”, necesaria para reconciliar la irracionalidad y la coherencia. A estas cuestiones dedicaré la primera parte de este trabajo. Del nulo papel que juega la distinción consciente/inconsciente en la explicación que Davidson hace de la irracionalidad y de los problemas que esto le ocasiona tratará la segunda parte. Por último, concluiré señalando algunas otras limitaciones de su teoría: la naturaleza de los límites o partes de la mente; el carácter a priori de los principios normativos de racionalidad; y, por último, el sesgo cognitivista o logicista que le lleva a considerar lo emocional como un elemento disruptivo de la cognición.

## 1. La explicación de la irracionalidad y los Principios Normativos

1. En la obra de Davidson el tema de la irracionalidad está estrechamente relacionado con la explicación de la acción y con la teoría del contenido.

En “Acciones, razones y causas” (1963), Davidson pretende defender la posición tradicional y característica del sentido común, según la cual la racionalización, esto es, la explicación de la acción mediante razones, es una explicación causal ordinaria.

Esta explicación causal ordinaria se formularía en términos de lo que Davidson llama “una razón primaria” que define de la siguiente forma: “R es una razón primaria por la que el agente realizó la acción A bajo la descripción d, sólo si R consiste en una actitud favorable del agente hacia las acciones que poseen cierta propiedad, y es una creencia suya que A tiene esa propiedad en la descripción d” (1963: 5). Por ejemplo, la acción de un sujeto que va a un hospital cuando siente un dolor agudo (acción A) quedaría explicada si afirmáramos que el sujeto en cuestión tiene una actitud favorable a ponerse en manos de los médicos cuando siente algún dolor (actitud pro) y que *según sus creencias* en el hospital trabajan médicos que pueden aliviarle el dolor (creencia relacionada). Este tipo de explicación por razones no sólo explica causalmente la acción, sino que también la justifica.

La justificación no es sino la demostración de la veracidad de tal creencia, y la verdad de la creencia viene dada en la teoría de Davidson por la coherencia con el resto de las creencias. “Todas las creencias están justificadas en el siguiente sentido: están apoyadas por muchas otras creencias [...] y gozan de una presunción de verdad. La presunción se incrementa cuanto más amplio e importante sea el cuerpo de creencias con el que la creencia en cuestión es coherente [...]” (1986b: 96). En el ejemplo anterior, la verdad de la creencia “en el hospital me podrán aliviar el dolor” está justificada en tanto está apoyada por creencias como: “En el hospital trabajan médicos”, “los médicos saben qué medicamentos me pueden quitar el dolor”, “mi hermana fue al médico y le quitó el dolor”, “los médicos tienen conocimientos científicos”, “la ciencia es el conocimiento más acertado acerca del mundo”, y otras muchas creencias relacionadas.

Ahora bien, existen casos en los que el sujeto actúa contra su propia concepción de lo que es razonable. Aquí cabría plantear dos cuestiones: por un lado, en qué consiste la irracionalidad; y, por otro lado, si este modelo de explicación de la acción puede dar cuenta de las acciones irracionales. Veámoslas.

2. Una creencia no puede ser, según Davidson, “por sí misma” irracional. La irracionalidad aparece “sólo cuando las creencias son inconsistentes con otras creencias de acuerdo *con los principios mantenidos por el mismo agente [...]*” (1985a: 348). Esos principios son los Principios Normativos de Racionalidad, compartidos universalmente por los sujetos intencionales.

En esos principios normativos, Davidson incluye *las reglas del cálculo proposicional y de la teoría de la cuantificación de primer orden*; además, *los principios de la teoría bayesiana de la decisión*, especialmente aquellas interpretaciones de la teoría que han adoptado Frank Ramsey y Richard Jeffrey; también *el principio de evidencia global en el razonamiento inductivo*, formulado por Carnap (“requisito de los elementos de juicio totales”) y Hempel (“requisito de la máxima especificación”), que afirmarí­a que “cuando estamos en el trance de decidir entre una serie de hipótesis mutuamente excluyentes, dicha exigencia nos ordena dar crédito a la hipótesis que se halle mejor sustentada por toda la evidencia relevante

disponible” (1985b: 140). Cuando un sujeto no acepta el requisito de evidencia global incurre en la debilidad de la justificación; esto es, “la persona en cuestión juzga que, en relación con toda la evidencia de que dispone, la hipótesis es más probable que su negación, y, sin embargo, no acepta la hipótesis (o la fuerza de su creencia en la hipótesis es menor que la de su creencia en la negación de la misma)” (1985b: 140).

Finalmente, Davidson presta atención al *principio de continencia*, según el cual “se debería preferir (actuar según) el juicio basado en todas las consideraciones que se juzgan relevantes” (1985a: 350). Al infringir este principio, aunque el sujeto tenga una razón para realizar esa acción, lo que le falta es una razón para no permitir que la hipótesis con más evidencia a su favor prevalezca.

Estos cuatro principios constituyen lo que Davidson denomina *normas de forma*: un conjunto de principios compartidos por todas las criaturas que tienen actitudes proposicionales o actúan intencionalmente.

3. Una vez visto que la irracionalidad consiste en transgredir alguno de los principios de racionalidad, restaría explicar cómo sucede esto. En este punto encontramos una dificultad que el mismo Davidson reconoce: “La dificultad para explicar la irracionalidad está en encontrar un mecanismo que pueda aceptarse como apropiado para los procesos mentales y que no racionalice lo que se tiene que explicar [...] La consecuencia paradójica es que al explicar la irracionalidad necesariamente se emplea una forma de explicación que racionaliza lo que explica; sin el elemento de racionalidad, rehusamos aceptar la explicación como apropiada para los fenómenos mentales. [...] Lo que se necesita para explicar la irracionalidad es una causa mental de una actitud, pero donde la causa no es una razón a favor de la actitud que explica” (1985a: 347).

Es decir, para explicar la irracionalidad necesitamos identificar una causa que no justifique la creencia (que no sea una razón a favor de la actitud explicada), una causa que no sea una razón primaria. Tomemos el caso de un sujeto que crea que la ciencia es el corpus de conocimientos más acertado sobre el mundo; que la ciencia produce rendimientos tecnológicos que nos permiten controlar y manipular la realidad; que la medicina es una ciencia; y que, por tanto, los tratamientos médicos (la tecnología

de este campo) son el mejor recurso para curar enfermedades; supongamos que ese mismo sujeto recurriera a una imposición de manos para curarse. Esa sería una acción irracional ¿Cómo podríamos explicarlo? Siguiendo el modelo de explicación de la acción propuesto por Davidson, ninguna razón justificaría esa acción a la vista del resto de las creencias de ese sujeto. Luego, si no es posible encontrar una razón primaria que dé cuenta de una acción irracional, ¿cómo explicamos la irracionalidad?

4. Además del problema de la explicación existe otra dificultad directamente relacionada con la irracionalidad. Como el mismo Davidson reconoce, la metodología fundamental de toda interpretación indica que la inconsistencia (la irracionalidad) provoca ininteligibilidad. Por ello veremos cómo la atribución de creencias, la interpretación de los significados de tales creencias y los casos de irracionalidad pueden entrar en conflicto.

El problema de la interpretación, que sustituye en la teoría davidsoniana al problema del significado, es el paso fundamental en la atribución de creencias. No podemos atribuir creencias a los sujetos si no conocemos lo que significan éstas. El intérprete radical desconoce el significado de las preferencias de los demás sujetos. Sólo cuenta con la observación de la conducta del sujeto y del entorno de éste. Por otro lado, el intérprete supone (es el propio Davidson el que, al erigirse como tal intérprete radical, hace estas suposiciones) (i) que los contenidos de las creencias más básicas del sujeto están constituidos por determinados rasgos objetivos básicos del entorno y, por tanto, son verdaderos y compartidos<sup>1</sup>; y (ii) que la mayoría de sus creencias no son contradictorias. Esto es, suponemos que los otros se parecen mucho a nosotros, al menos en las cuestiones más

---

<sup>1</sup> Este primer supuesto tiene como consecuencia el rechazo del relativismo conceptual extremo, que se ha visto favorecido, según Davidson, por la postulación de entidades intermedias entre el sujeto que conoce y el mundo objetivo conocido. Este dualismo sujeto/objeto (Tercer dogma del empirismo) es rechazado por Davidson al formular una teoría de la verdad como coherencia y no como correspondencia. Así, suponiendo un conjunto de creencias básicas verdaderas compartidas universalmente, Davidson pretende resolver el relativismo inter e intra cultural. Véase al respecto los siguientes artículos de Davidson: "Interpretación radical", 1973; "La creencia y el fundamento del significado", 1974; "De la idea misma de un esquema conceptual", 1974; "Verdad y conocimiento: Una teoría de la coherencia", 1986.

básicas. Y una de esas cuestiones básicas son los principios de racionalidad.

Es interesante señalar que estos principios son establecidos en la teoría de Davidson como una cuestión 'a priori'. Si esta cuestión es 'a priori', no tiene sentido preguntarse, como el mismo Davidson señala, si una criatura es *en general* racional. La Racionalidad es una condición para atribuir actitudes proposicionales a alguien. Sólo de un sujeto cuyas creencias y acciones satisfacen normas mínimas de racionalidad podemos decir que actúa intencionalmente. ¿Qué ocurre, entonces, en el caso de un sujeto que no actúe según las normas o principios de racionalidad?

Para identificar o interpretar una creencia debemos dar descripciones mentales que sigan el Principio de Caridad, según el cual los criterios de verdad del intérprete (racionalidad y coherencia) se han de trasladar a las preferencias del hablante. Al respecto, Davidson afirma que "la existencia de un amplio grado de verdad y coherencia en el pensamiento y el habla de un agente constituye un artefacto de la interpretación correcta del habla de una persona por parte del intérprete. Pero se trata de verdad y coherencia según los criterios del intérprete" (1986b: 92).

Parece claro que a Davidson se le presenta un problema evidente cuando une la explicación de la irracionalidad con su teoría del contenido (Evnine, 1991). De una parte, la explicación de la irracionalidad exige que podamos describir las creencias de tal forma que la relación entre ellas no esté sujeta al Principio de Caridad. De otra, es precisamente esa relación lo que permite atribuir actitudes proposicionales a los demás.

Davidson, consciente de esta dificultad, intenta resolverla. El hecho de que un sujeto actúe en ocasiones de forma irracional no pone en peligro la capacidad ni para atribuirle estados mentales, es decir, para considerarle un sujeto intencional, ni para considerar sus creencias como mayoritariamente verdaderas.

La solución se logra postulando el holismo de lo mental, que podría explicarse así: al identificar o interpretar una creencia no lo hacemos aislándola del resto. La atribución de un estado mental ha de hacerse utilizando las atribuciones de los otros estados mentales. Por ello, a menos que el sujeto sea mayoritariamente irracional, no tendremos problemas

importantes a la hora de atribuirle creencias o deseos o de interpretar sus acciones; ya que aunque una creencia no siga los principios de racionalidad, la mayoría de sus creencias sí los seguirán. Por tanto, la inteligibilidad será posible. Más aún, el caso contrario, que una persona esté mayoritariamente equivocada es, según Davidson, ininteligible, ya que de ser así no podría existir ningún intérprete que interpretara sus creencias correctamente. Es, precisamente, la existencia de una mayoría de creencias compartidas, lo que permite la existencia de algunos errores o de perturbaciones menores.

5. Para dar cuenta de cómo un suceso mental puede causar otro suceso sin que sea una razón para éste, Davidson retoma tres tesis formuladas por los freudianos: la primera, que la mente contiene estructuras semiindependientes formadas por pensamientos, deseos y recuerdos; la segunda, que los componentes de cada parte de la mente se organizan en una estructura interactuando de tal forma que pueden producir otros sucesos en la mente o fuera de ella; y, la tercera, que algunos de los componentes de cada parte causan otros eventos mentales en la misma mente.

La hipótesis de la compartimentación, que Davidson formula en “Las paradojas de la irracionalidad” (1981), afirma que la mente puede ser parcelada en dos o más estructuras cuasiindependientes. Cada área de la mente estaría regida por los principios normativos de racionalidad, es decir, los sucesos mentales de cada área se relacionarían de forma racional. Pero un estado mental de una parte puede interactuar causalmente con un estado mental de otra parte sin estar conectados racionalmente. El rasgo necesario para constituir una estructura de este tipo es que un área de la mente exhiba un grado de coherencia mayor que el que exhibe el todo de la mente. De esta forma, por un lado, se salva la coherencia como principio constitutivo de todo sujeto intencional, y, por otro, se explica la irracionalidad.

Sin embargo, ¿es ésta una explicación satisfactoria de la irracionalidad? ¿Proporciona la teoría de Davidson un marco explicativo adecuado para estos “casos especiales” de conducta?

conflicto con la motivación original. El conflicto es tan agudo que provoca el olvido o la inconsciencia de la motivación primera. Por ello, el sujeto del autoengaño ha de olvidar u ocultarse a sí mismo el modo en que llegó a creer lo que ahora cree (Pears), o no puede realmente creer en el peso de la evidencia contraria (Bach).

Según Davidson, la diferencia entre su teoría y las de Pears y Bach reside en que a él más que explicar el fenómeno, el éxito en la tarea de autoengañarse (como quieren Pears y Bach), le interesa identificar la incoherencia y la irracionalidad. De lo que no parece ser consciente Davidson es de que la tarea de identificar incoherencias (especialmente las ajenas) es algo que hacemos de forma cotidiana, no necesitamos ni una psicología científica, ni siquiera la propia teoría davidsoniana. Sin embargo, si explicáramos el mecanismo que causa las incoherencias (propias y ajenas) también estaríamos identificando la incoherencia y esa sería la tarea de una psicología científica. Conseguir lo que pretenden Pears y Bach es conseguir lo que pretende Davidson; pero no a la inversa.

Por último, otra cuestión que no parece estar clara es cómo reconcilia Davidson su hipótesis de la compartimentación de la mente con la necesidad de que el sujeto sea consciente de que mantiene creencias contradictorias. Si la irracionalidad consiste precisamente en trazar el límite que mantiene separadas tales creencias contradictorias, ¿dónde se sitúa el límite?, ¿dónde se sitúan cada una de las creencias, si no es en la conciencia y en el inconsciente?. “No veo ninguna razón obvia para suponer que uno de los territorios haya de estar cerrado a la conciencia, sea cual fuera el significado de esto, [...]”, responde Davidson. Y continúa: “[...] pero es claro, en todo caso, que el agente no puede inspeccionar el todo sin borrar los límites” (1985b: 147). ¿Por qué el agente no tiene acceso simultáneo a las creencias contradictorias que se sitúan en zonas diferentes de la mente? Esto es, si la causa del exilio o aislamiento temporal entre creencias yace, como afirma Davidson, en el *deseo* de evitar la aceptación de aquello que el requisito de evidencia global recomienda, ¿qué causa ese deseo? y ¿cómo determina ese deseo aquel aislamiento? Esto es lo que Davidson no explica.



Una explicación alternativa, que sí daría cuenta de por qué no se sigue, en determinadas circunstancias, el principio de continencia supondría que cuando una información (creencia, sentimiento, motivo, etc.) contradice informaciones de rango superior (informaciones que son más relevantes para el sujeto, que están mejor fijadas, en definitiva, que son centrales en su sistema de creencias), es transformada, olvidada o inhibida gracias a un mecanismo inconsciente. Este mecanismo ha sido formulado no sólo por la teoría freudiana, sino también por la psicología empírica de Piaget y por investigaciones de psicología cognitiva. La mera posibilidad de que esto pudiera ser así obligaría a llegar hasta el fondo en su estudio y a no dar por seguro que es irrelevante.

2. La hipótesis de que los sujetos son conscientes de la irracionalidad de sus creencias y acciones es coherente con otro de los ejes de su teoría: que las razones que dan los sujetos de sus acciones, explican estas acciones; y, además, que son las mejores explicaciones de la acción y las únicas posibles. El presupuesto implícito es obvio: los sujetos conocen sus procesos mentales<sup>2</sup>. Gracias a la autoridad de la primera persona, Davidson identifica el sistema de causas con el conjunto de razones primarias, que son siempre conscientes.

El presupuesto de que los sujetos son conscientes de las causas (razones) que explican sus acciones es mantenido por los defensores de la psicología popular. En este sentido, Davidson defiende explícitamente la importancia de la psicología popular: "Puedo imaginar una ciencia que se ocupe de las personas y se halle expurgada de "psicología popular", pero no puedo imaginar qué interés podría tener" (1987a: 133)<sup>3</sup>. Esta defensa de la psicología popular es coherente con uno de los ejes de la teoría de la mente mantenida por Davidson: la hipótesis de la anomalía de lo mental,

---

<sup>2</sup> "First Person Authority", (1984); "El conocimiento de la propia mente" (1987).

<sup>3</sup> Esta cita puede resultar ambigua. Podríamos aceptarla si lo que quiere afirmar Davidson es que sería difícil eliminar el lenguaje mentalista como conocimiento pragmático de estados mentales propios y ajenos (De Vega, 1989); pero que en ningún caso entraría en conflicto con una psicología científica. Sin embargo, no sería aceptable si significa rechazar cualquier intento de sustituir las teorías intuitivas elaboradas por el hombre de la calle para explicar su propio comportamiento y el ajeno por teorías psicosociales con mayor y mejor alcance explicativo-predictivo.

que afirma la imposibilidad de sustituir nuestras explicaciones de la acción humana utilizando la psicología de sentido común por algún tipo de explicación "científica" mediante leyes deterministas estrictas<sup>4</sup>.

Existen dos razones fundamentales que apoyan la anomalía de lo mental (la imposibilidad de que existan leyes psicofísicas estrictas): el holismo y los principios normativos de racionalidad y coherencia. Atribuimos estados mentales a los demás, porque suponemos que son coherentes y racionales. Estos principios de coherencia global dirigen el contenido de cada estado mental según su lugar en el conjunto de estados mentales (holismo). Sin embargo, por un lado, para atribuirle estados mentales a alguien tenemos que comprender e interpretar sus creencias, intenciones, conductas, etc., y esta interpretación sólo se puede realizar si tenemos en cuenta el conjunto total de creencias del sujeto, lo que parece empíricamente imposible. Por otro lado, no podemos interpretar la conducta de los demás a partir de una teoría interpretativa cerrada porque para elaborar esa teoría tendríamos que disponer de todas las pruebas posibles (creencias, intenciones, conductas, etc.). Como esto parece una tarea imposible, hemos de conformarnos con ir ajustando nuestra teoría a la luz de consideraciones de cohesión y coherencia conforme la evidencia se acumula. Por ello, cualquier conexión entre una propiedad mental y una física es meramente accidental; no podemos establecer correlaciones entre clases de sucesos mentales y clases de sucesos físicos (hay identidad de casos, pero no identidad de tipos). Por tanto, no existen leyes psicofísicas estrictas.

Cabría preguntarse cuál es entonces el alcance explicativo-predictivo de la psicología. En opinión de Davidson, la psicología sólo podrá explicar y predecir las conductas a partir del modelo de deseos-creencias que utilizamos en la vida ordinaria. Este presupuesto de la psicología popular, como ha demostrado la psicología empírica, es falso. En tanto existe conocimiento no consciente (o no explícito, como dirían los teóricos de teorías implícitas), los sujetos desarrollan explicaciones causales incorrec-

---

<sup>4</sup> Los principales argumentos de Davidson sobre la anomalía de lo mental y la imposibilidad de que la psicología sea una ciencia se exponen principalmente en "Mental Events" (1970), "The Material Mind" (1973), y "Psychology as Philosophy" (1974).

tas de sus acciones y sentimientos bajo ciertas condiciones (Wegner & Vallacher, 1981). Por ejemplo, desde la posición de los defensores de la psicología popular es imposible dar cuenta de aquellos casos en los que el intérprete puede explicar mejor la acción de un sujeto que el propio sujeto que la realiza; tal es el caso de las acciones irracionales.

Ante esta defensa de las explicaciones de sentido común que proporciona la psicología popular, cabrían dos opciones: (i) o bien estas explicaciones (las que da el sujeto) son las más adecuadas y, por tanto, han de ser lo más completas posible; lo que significa que el sujeto conoce *todas* las causas de sus acciones (y no aceptaríamos que puedan existir causas no conscientes); (ii) o bien, los sujetos no conocen todas las causas que explican sus acciones y, por ello, sus explicaciones son mejorables (existirían causas no conscientes).

La primera opción no parece cierta, no sólo por lo que ha revelado la psicología empírica, sino porque de ser verdadera, la búsqueda de mejores explicaciones (científicas o no) de la acción no tendría sentido, el sujeto conocería la estructura holista de lo mental, haría buenas predicciones de sus acciones y de las de los demás, y escribir artículos defendiendo el status epistemológico de la psicología popular sería absurdo.

Si la segunda opción es la que se toma, entonces cabría plantearnos ¿por qué no suponer que una psicología científica podría mejorar nuestras explicaciones y predicciones de las acciones?<sup>5</sup> Es más, como se ha señalado desde diversas posiciones psicológicas, las racionalizaciones que hacemos de nuestras acciones pueden ser su justificación y no su causa (de hecho, la necesidad de coherencia sólo se mantiene en el nivel consciente); de aquí que las explicaciones que damos de nuestras acciones no siempre sean adecuadas. Luego, la psicología científica tendría que explicar en términos causales cómo racionalizamos nuestras conductas, ya que estas racionalizaciones serían en sí mismas acciones intencionales. El conocimiento al que llegamos a través de la perspectiva de la primera

---

<sup>5</sup> Con respecto a esta cuestión son interesantes las críticas de Manuel Froufe, Elisabet Tubau Sala, y Manuel de Vega a la defensa que López Cerezo hace de la psicología popular ("El caso contra la psicología popular" y "Comentarios" a este artículo, *Cognitiva*, 1989, 2 (3)).

persona no es sino un fenómeno natural más que se ha de explicar científicamente (De Vega, 1989).

### 3. Algunas otras limitaciones

Existen algunas otras dificultades en la teoría de Davidson que impiden, a mi juicio, una adecuada explicación de la irracionalidad. Estos problemas serían: (i) la naturaleza ambigua de los límites de la mente; (ii) el carácter a priori de los principios normativos y la imposibilidad de estudiarlos empíricamente; y, por último, (iii) el descuido de los aspectos afectivos a la hora de explicar cualquier acción, sea racional o irracional.

1. La única forma que Davidson tiene de explicar las acciones irracionales es mediante la hipótesis de la compartimentación de la mente. Los límites entre partes de la mente no son descubiertos por introspección; tales límites “constituyen apoyos conceptuales para la descripción coherente de irracionalidades genuinas” (1985b: 147)

Son muchas las cuestiones que Davidson no contesta sobre estos límites de la mente. En primer lugar, no está claro si los límites son entidades reales o meros instrumentos analíticos para el estudio de la irracionalidad. Si son un instrumento analítico cabría postular cualquier otro que explicara tan bien o mejor la irracionalidad como el propuesto por Davidson. Si tienen entidad real podrían ser estudiados empíricamente. En este punto cabría formularle muchas preguntas que, conscientemente, deja sin respuesta. En este sentido afirma: “[...] nada tengo que decir acerca del número o de la naturaleza de las divisiones de la mente, o acerca de su permanencia o etiología. Sólo me limito a defender la idea de una compartimentalización de la mente, argumentando que resulta necesaria si hemos de explicar una forma corriente de irracionalidad” (1981: 13).

La hipótesis de la compartimentalización de la mente me parece que crea más problemas de los que resuelve. Davidson no explica cómo se forman los subsistemas: si son innatos, si se aprenden; no explica qué contiene cada subsistema, ni cómo se organizan sus componentes; no explica si se reorganizan según la situación o se mantienen constantes. En definitiva, esta hipótesis parece formulada *ad hoc*, para salvar los pro-

blemas que plantea la explicación de acciones irracionales desde una teoría que sostiene como eje central que los sujetos intencionales compartimos determinados principios de racionalidad.

2. Los principios normativos de racionalidad, tal y como están planteados también resultan problemáticos, ya que Davidson los establece de forma *a priori* en su teoría. Estos principios no sólo no se apoyan en evidencia o experimento alguno, sino que, explícitamente, afirma: “cuanto más básica consideremos que es una norma, menos empírica es la cuestión de si el pensamiento y la conducta del agente están de acuerdo con ella” (1985a: 352). La racionalidad es la condición para tener pensamientos, para ser sujetos intencionales.

Pero, el presupuesto de racionalidad puede considerarse gratuito en tanto ésta no es una cuestión teóricamente zanjada. La racionalidad individual se ha entendido de formas diversas. Por ejemplo, Evans (1991) distingue dos clases de teorías de la racionalidad. La primera sería la que se basa en la lógica, como aquella disciplina que describe el razonamiento deductivo humano. Esta posición, compartida, entre otros, por Piaget, defendería que los sujetos son inteligentes, la inteligencia requiere razonamiento adecuado, la lógica describe cómo se hacen deducciones correctas, luego, los sujetos razonan siguiendo las leyes de la lógica. Un segundo tipo de teoría tiene que ver con la aplicación de la teoría de la decisión económica al estudio de la toma de decisiones conductuales. Esta concepción entiende la racionalidad como la maximización de las expectativas de ganancias o la minimización de las pérdidas.

Mosterín (1992) distingue tres sentidos de ‘racionalidad’. El más débil sería la racionalidad como capacidad lingüística (que hace racional a todo humano que hable); el intermedio sería racionalidad como razonabilidad, que hace racional a toda persona que esté dispuesta a dar razones para decir o hacer lo que dice o hace; y habría racionalidad en sentido fuerte, que se refiere a procesos de evaluación y optimización, y que incluye los sentidos anteriores. En esta taxonomía de tipos de racionalidades, podríamos localizar a la teoría de Davidson en el tercer grupo, en tanto este tercer sentido incluye los dos previos.

A la racionalidad entendida *à la* Davidson se le podrían aplicar todas las críticas que ha recibido la Teoría de la Decisión Racional. Tales críticas provienen fundamentalmente de descubrimientos experimentales. A la hora de tomar decisiones, llevar a cabo acciones o de tener creencias acerca del mundo, se producen sesgos diversos en la evaluación o procesamiento de la información. Por ejemplo, a la hora de seleccionar información para resolver un problema o tomar una decisión, en las circunstancias en las que la información habitualmente se presenta, los sujetos seleccionan los datos más relevantes para ellos, por su atractivo y su conexión emocional con experiencias pasadas. Evidentemente, estos criterios de relevancia provocan que la selección de información esté frecuentemente sesgada (Kahneman y Tversky, 1973). Igualmente, la imposibilidad de contar con una cantidad suficiente de datos o de realizar intuitivamente las deducciones necesarias causan que el razonamiento y el juicio se base en un uso muy extendido de heurísticos (Kahneman, Slovic y Tversky, 1982). También sobre la selección de información, la psicología social ha resaltado el hecho de que los sujetos pueden distorsionar su visión de la realidad a fin de reconciliarla con su autoestima (Furnham, 1988). Estos son algunos ejemplos de lo que la psicología empírica, y no la mera reflexión, ha obtenido en este campo.

3. Para Davidson, un sujeto intencional sería aquel que tiene actitudes proposicionales. Las actitudes proposicionales tiene contenidos proposicionales. La proposición hacia la que tenemos una actitud proporciona el contenido de ese estado mental. Desde este punto de vista, Davidson reduce lo mental a lo expresable mediante el lenguaje. Así, y supongo que por su perspectiva logicista, Davidson reduce lo mental a lo cognitivo, y lo cognitivo al lenguaje.

De lo anterior se sigue una crítica aplicable a todos los autores (psicólogos o filósofos) racionalistas: o bien no tienen en cuenta la relevancia que tienen los aspectos afectivos en el estudio de lo mental y en la explicación de la acción; o bien los reducen a elementos que causan estados irracionales. En este sentido, Davidson afirma que uno de los factores que provoca que los sujetos no ajusten su razonamiento a los principios de racionalidad es la existencia de una gran carga emocional asociada a la

conclusión (1985b: 141). Aquí la cuestión es si estas conductas supuestamente irracionales son tan infrecuentes como Davidson parece suponer, y se las puede tratar como excepciones a la norma. O lo que es lo mismo ¿aparece el aspecto afectivo únicamente en las conductas irracionales o, por el contrario, es un elemento necesario a la hora de explicar cualquier acción, racional o irracional?

Cada vez son más los autores que reconocen el papel fundamental de lo afectivo en la explicación de la mente. Desde la psicología empírica Pascual-Leone (1974), Neisser (1975, 1982) y Norman (1981), entre otros, han considerado necesario tratar la interdependencia de los subcomponentes afectivos y cognitivos a la hora de explicar de forma certera la conducta. El tema de la conexión entre lo cognitivo y lo afectivo, ya tratado desde el mentalismo tradicional (Vigotsky, 1956; Piaget, 1971), ha recuperado interés debido especialmente a las limitaciones que presentan las teorías computacionales de la mente. La afectividad, lo emocional, lo valorativo intervienen en todos los procesos de actividad cognitiva: en la selección de informaciones, en su transformación, en su organización (Codol, 1988: 212); y su estudio como formando una unidad con los procesos cognitivos está cada vez más extendido (Bruner, 1986).

En conclusión, creo que la teoría de Davidson parte de un postulado a priori erróneo: los principios de racionalidad compartidos, que le crea importantes problemas a la hora de explicar la acción en general, y, concretamente, la acción irracional.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BACH, K. (1981): "An analysis of self-deception", *Philosophy and Phenomenological Review*, 41: 351-370.
- BRUNER, J. (1986): *Realidad Mental y Mundos Posibles*. Barcelona: Gedisa. 1988.
- CODOL, J-P. (1988): "¿Qué es lo cognitivo?", en P. Engel (comp.), *Psicología ordinaria y ciencias cognitivas*. Barcelona: Gedisa. 1993.
- DAVIDSON, D. (1963): "Actions, Reasons, and Causes", en D. Davidson, 1980.
- (1970): *Mental Events*, en D. Davidson, 1980.
- (1973a): "Interpretación radical", en D. Davidson, 1984b.
- (1973b): "The Material Mind", en D. Davidson, 1980.
- (1974a): "La creencia y el fundamento del significado", en D. Davidson, 1992.
- (1974b): "De la misma idea de un esquema conceptual", en D. Davidson, 1992.
- (1974c): "Psychology as Philosophy", en D. Davidson, 1980.
- (1980): *Actions and Events*, Oxford: Clarendon Press.
- (1981): "Las Paradojas de la irracionalidad", *Análisis filosófico*, I, nº2.
- (1984a): "First Person Authority", *Dialectica*, vol.38, nº 2-3: 101-111.
- (1984b): *De la verdad y de la interpretación*, Barcelona: Gedisa, 1990.
- (1985a): "Incoherence and Irrationality", *Dialectica*, vol.39: 345-354.
- (1985b): "Deception and Division", en E. Lepore & B. McLaughlin (eds.) (1985): *Actions and Events. Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*, Oxford: Basil Blackwell.
- (1986a): "El conocimiento de la propia mente", en D. Davidson, 1992.
- (1986b): "Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia", en D. Davidson, 1992.
- (1987a): "El conocimiento de la propia mente", en D. Davidson, 1992.
- (1987b): "El mito de lo subjetivo", en D. Davidson, 1992.
- (1990): "Thinking Causes", mimeografiado.
- (1992): *Mente, mundo y acción*, Barcelona: Paidós/I.C.E.-U.A.B.



- DE VEGA, M. (1989): "Pragmatismos, meta-cogniciones y teorías populares", *Cognitiva*, 2(3): 275-279.
- EVANS, J. St. B. T. (1991): "Adaptative cognition: the question is how", comentario en J. R. Anderson, "Is human cognition adaptive?", *Behavioral and Brain Sciences*, 14: 471-517.
- EVNINE, S. (1991): *Donald Davidson*, Cambridge: Polity Press.
- FROUFE, M. (1989): "Psicología popular. El homo psychologicus que todos llevamos dentro", *Cognitiva*, 2(3): 249-252.
- FURNHAM, A. (1988): *Lay theories. Everyday understanding of problems in social sciences*. New York: Pergamon Press.
- KAHNEMAN, D. & TVERSKY, A. (1973): "On the psychology of prediction", *Psychological Review*, 80: 237-251.
- KAHNEMAN, D., SLOVIC, P. & TVERSKY, A. (1982): *Judgment under uncertainty: Heuristics and biases*. Cambridge University Press.
- MOSTERÍN, J. (1992): "Epítome sobre racionalidad", *Theoria*, VII: 57-62.
- NEISSER, U. (1975): *Procesos cognitivos y realidad*, Madrid: Marova, 1981.
- NEISSER, U. (Ed.) (1982): *Memory observed. Remembering in natural contexts*, San Francisco: Freeman.
- NORMAN, D.A. (1981): "Doce problemas para la ciencia cognitiva", en Norman (comp.) (1981), *Perspectivas de la ciencia cognitiva*, Barcelona: Paidós, 1987.
- PASCUAL-LEONE, J. (1974): "Constructive cognition and substance conservation: Towards adequate structural models of the human subject, en J.A. Delval (1978), *Lecturas de psicología del niño*, Madrid: Alianza.
- PEARS, D. (1982): "Motivated irrationality" en Wollheim, R. & Hopkins, J. (comp.), *Philosophical Essays on Freud*, Cambridge: Cambridge University Press.
- PIAGET, J. (1971): "Inconsciente afectivo e inconsciente cognoscitivo", en J. Piaget, *Problemas de psicología genética*, Barcelona: Ariel, 1980.
- TUBAU SALA, E. (1989): "La Amenaza de la Psicología Científica", *Cognitiva*, 2(3): 271-273.
- VIGOTSKY, L.S. (1956): *Obras completas. Legado científico, vol.6*. Moscú Pedagogika, 1984.
- WEGNER, D.M. & VALLACHER, R.R. (1981): "Common-sense psychology", en J. P. Forgas, *Social cognition. Perspectives on everyday understanding*. New York: Academic Press.